

Claudio Guillén ante la obra lírica de su padre

Claudio Guillén on His Father's Lyrical Work

Margarita Garbisu Buesa

Universidad Complutense de Madrid, España

mgarbisu@ucm.es

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-2025-713X>

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo dar a conocer la visión de Claudio Guillén sobre la obra lírica de su padre, el poeta Jorge Guillén, desde una perspectiva crítica. El comparatista pocas veces se pronunció al respecto; lo hizo en dos homenajes a la figura del escritor celebrados en Barcelona y Lisboa en 1994 y 1998. Sus intervenciones, tituladas «Algunos recuerdos» y «Con Jorge Guillén», van a ser la fuente fundamental de este trabajo, a la que se va a unir la correspondencia, cartas inéditas familiares con importante información sobre el tema.

Palabras Clave: Claudio Guillén; Jorge Guillén; poesía; crítica; siglo XX; correspondencia.

ABSTRACT

The aim of this article is to present Claudio Guillén's vision of the lyrical work of his father, the poet Jorge Guillén, from a critical perspective. The comparatist rarely spoke on the subject; he did so in two tributes to the writer held in Barcelona and Lisbon in 1994 and 1998. His speeches, entitled «Algunos recuerdos» and «Con Jorge Guillén», will be the fundamental source of this work, along with additional correspondence, unpublished family letters with important information on the subject.

Keywords: Claudio Guillén; Jorge Guillén; Poetry; Criticism; Twentieth Century; Correspondence.

Recibido: 26 de agosto de 2022. Aceptado: 11 de julio de 2023. Publicado: 30 de junio de 2024.

Cómo citar este artículo / Citation: Garbisu Buesa, Margarita. 2024. «Claudio Guillén ante la obra lírica de su padre». *Revista de Literatura* 86 (171): e10. <https://doi.org/10.3989/revliteratura.2024.01.010>

Que padres humanistas transmitan a sus hijos el amor por las letras y las artes no es algo extraño; como tampoco lo es que hijos de padres humanistas, influidos por ese amor, se dediquen a profesiones relacionadas con la cultura. En la España reciente han existido numerosos casos en los que esta premisa se ha cumplido: entre tantos otros, Julián y Javier Marías, José Ortega y Gasset y José Ortega Spottorno, Pedro y Jaime Salinas, Jorge y Claudio Guillén. Es en estos últimos en los que se quiere centrar el presente trabajo, un ejemplo excepcional, ya que no nos equivocamos al afirmar que nos encontramos ante uno de los

mejores y uno de los mejores comparatistas del siglo XX español. Y, aunque así sea, el vínculo entre ellos apenas ha sido tratado desde el ámbito académico. Este artículo va a tratar de llenar en parte ese vacío analizando la relación entre padre e hijo desde una perspectiva crítica y, más concretamente, analizando la visión de Claudio Guillén sobre la obra lírica de Jorge Guillén. Aunque no hay mucha información al respecto, ya que, como veremos, el comparatista fue reacio a dedicar ensayos o hablar públicamente sobre la creación del poeta, nuestra intención es dar muestra desde aquí de la existente.

Claudio era el segundo hijo del matrimonio formado por Jorge Guillén y la francesa Germaine Cahen; tenía una hermana dos años mayor que él, Teresa, con la que siempre mantuvo una estrecha relación. En julio de 1936, cuando estalló la guerra civil, la familia vivía en Sevilla (Jorge Guillén era catedrático en su universidad), pero dos años después, en septiembre de 1938, se trasladó a Estados Unidos. En el exilio americano el padre continuó su trayectoria como poeta y profesor, y el hijo comenzó y desarrolló su trayectoria como docente, crítico y comparatista.

Tras su paso por Middlebury College, en Vermont, y por la McGill University, en Montreal (Canadá), Jorge Guillén fue profesor en el Wellesley College, en Massachusetts, entre 1940 y 1958, año de su jubilación. Desde ese momento vivió a caballo entre Italia (Florencia), Estados Unidos (Cambridge, Massachusetts) y España (Málaga), ciudad en la que se acabó asentando en 1977, una vez restablecida la democracia en nuestro país. En 1961 se había casado, en segundas nupcias, con la italiana Irene Mochi Sismondi, tras el fallecimiento en 1947 de Germaine, pérdida que supuso un tremendo golpe para padre e hijos. Entonces Claudio tenía veintitrés años, se había graduado en Literatura inglesa en el Williams College y estaba realizando sus estudios de posgrado en la universidad de Harvard, estudios que enlazaría con los de doctorado. Entre 1950 y 1952 sería lector en la universidad de Colonia, en Alemania, y un año después, en 1953, se doctoraba en Literatura Comparada con una tesis sobre la novela picaresca en Europa bajo la tutela de Harry Levin. Comenzaba entonces su carrera académica: primero en Princeton, entre 1954 y 1964; después en La Jolla, California, entre 1965 y 1976, y, finalmente, en Harvard, entre 1978 y 1987, en paralelo, a partir de 1982, con su labor docente en Barcelona, en la Universidad Autónoma de Barcelona y en la Universitat Pompeu Fabra (Martín Ezpeleta 2020, 388-392)¹.

Este somero repaso por la trayectoria de Jorge y Claudio Guillén demuestra que el hijo vivió prácticamente toda su vida, desde su juventud, lejos del padre, lo que no fue óbice para que el contacto entre ellos se mantuviera gracias a las cartas. Desde la muerte de Germaine, la correspondencia familiar fue continua, fundamentalmente entre Jorge y Teresa, y en menor medida entre Jorge y Claudio (Claudie, en el entorno cercano), lo que provocaba la queja del progenitor: «Entre las cartas que encontramos había una de Teresa. [...] De Claudie no hay noticias», escribía el poeta un 27 de mayo de 1964 a su hija; y solo seis días después, el 2 de junio: «En cuanto a Claudie [...] Todavía no ha concluido la semana de la crueldad»².

De las propias cartas se deduce que los silencios de Claudio se debían casi siempre al exceso de trabajo, propiciado por la vida universitaria, la docencia y la investigación. Desde que comenzó su carrera académica, su actividad fue frenética: clases y seminarios constantes, conferencias y congresos constantes, viajes constantes y constante redacción de artículos y *papers*. Pero, como se ha adelantado, entre sus textos y ponencias, no hubo

¹ Para un conocimiento más profundo de la trayectoria de Claudio Guillén véase también Soria Olmedo (2017) o Gómez Sancho (2022).

² Cartas inéditas de Jorge Guillén a Teresa Guillén. Box 19. 3P-Guillén, Jorge Guillén *Papers*, Wellesley College Archives.

muchos dedicados a la obra lírica de su padre; ni disertó ni escribió demasiado de ella, tal como él mismo reconoció en uno de los pocos encuentros sobre el poeta en los que accedió a participar. Fue un homenaje a Jorge Guillén, organizado por Carmen Enrique, del Colegio Abat Oliba de Barcelona, para tratar la obra y persona del poeta, y destinado a un «público formado en su mayor parte por jóvenes» (Enrique 1996a, 9). El acto, que tuvo lugar el 15 de abril de 1994 en la Ciudad Condal, en la Fundación del citado colegio, contó con tres conferencias impartidas por Francisco José Díaz de Castro, Rosa Navarro y Claudio Guillén, que se recogieron en un volumen titulado *Con Jorge Guillén* (1996b), editado por la propia Carmen Enrique. Y Claudio Guillén participó porque, dicho por él mismo, se trató de un homenaje a su padre «nacido de la espontaneidad, de la naturalidad», y por eso «voy a hacer algo que no he hecho casi nunca, porque me desagrada participar en actos excesivamente oficiales y externos, que es hablar de él» (Guillén 1996, 27). Efectivamente, en su intervención habló de él como persona, habló de su generación y habló también de su obra poética³. Su ponencia llevó por título «Algunos recuerdos».

Cuatro años después, en 1998, en unas jornadas sobre los *Ecos de la generación del 98 en la del 27*, celebradas en Lisboa, Claudio Guillén se permitió volver a recordar a su padre (a su persona, generación y poesía) en una nueva charla, titulada «Con Jorge Guillén», más breve que la anterior y en la que reiteró algunas de sus ideas. La intervención se integró en una mesa redonda centrada en las «Voces familiares de la generación del 27», en la que, junto a Guillén, participaron parientes de Gerardo Diego, Luis Cernuda y Rosa Chacel. Las palabras de Claudio quedaron recogidas en las actas de las jornadas, editadas por Maya Smerdou Altolaguirre (1998).

Estas dos intervenciones —«Algunos recuerdos» y «Con Jorge Guillén»— se van a convertir en la fuente fundamental de este trabajo, cuyo objetivo, tal y como se ha anunciado desde un principio, es analizar, desde una perspectiva crítica, la visión de Claudio Guillén sobre la obra lírica de Jorge Guillén. No hay muchos más testimonios al respecto (también se sugirió desde un principio), si bien a ellos vamos a añadir una fuente de información básica en nuestro propósito: la correspondencia. En concreto, nos hemos valido de las cartas que Jorge Guillén remitió a su hija Teresa, epístolas inéditas que se conservan en los *Jorge Guillén Papers*, en los *Wellesley College Archives*, y de las cartas que Claudio Guillén envió a su padre, también inéditas y custodiadas en el Archivo personal de Jorge Guillén en la Biblioteca Nacional de España⁴. Como anexo, se incluye una carta íntegra de Claudio a Jorge Guillén, fechada en Madrid el 25 de febrero de 1974, en la que el comparatista analiza el volumen de *Y otros poemas*⁵.

³ Este fue precisamente el objetivo que persiguió el homenaje. En la presentación de *Con Jorge Guillén*, Carmen Enrique explicó que su intención fue ofrecer una «visión del poeta que englobara tanto su creación como su faceta humana y de relación personal con los miembros de la generación» (1996a, 7). Explicó asimismo que quiso que la conmemoración tuviera lugar un año después de cumplirse el centenario del nacimiento de Jorge Guillén, efeméride que trajo consigo múltiples actos académicos en torno a su obra y persona, como los celebrados en octubre de 1993 en la Universidad de Valladolid y en la Universidad de Murcia. Fruto de estos homenajes nacieron los volúmenes *Jorge Guillén, el hombre y la obra. Actas del I Simposium internacional sobre Jorge Guillén*, coordinado por Antonio Piedra y Javier Blasco Pascual (Valladolid: Universidad de Valladolid, 1995) y *La claridad en el aire. Estudios sobre Jorge Guillén*, editado por Francisco J. Díez de Revenga y Mariano de Paco (Murcia: Caja de Murcia. Obra cultural, 1994).

⁴ Las referencias completas a esta correspondencia inédita son las siguientes:
Guillén, Claudio. «Cartas a Jorge Guillén», Arch. JG/43/9-11. Archivo personal de Jorge Guillén, Biblioteca Nacional de España. / Guillén, Jorge. «Cartas a Teresa Guillén». Box 19. 3P-Guillén, *Jorge Guillén Papers, Wellesley College Archives*.

⁵ Nuestro más sincero agradecimiento a Margarita Ramírez, viuda de Claudio Guillén y responsable de su legado, por su autorización a la reproducción en el presente trabajo de esta carta firmada por el comparatista, así como de fragmentos de otras.

Por la naturaleza de estas fuentes, de antemano debe quedar claro que las reflexiones de Claudio Guillén sobre la obra del poeta no están sujetas ni al rigor científico ni a la metodología académica. Son básicamente opiniones, apuntes, notas en ocasiones a vuela pluma, entremezcladas con anécdotas, que esbozó en marcos adecuados para ello y no tanto para la exposición erudita: una intervención ante gente joven, una mesa redonda de recuerdos y memorias, y la correspondencia familiar. Por ello, no se pretende entrar en el sentido profundo de la lírica guilleniana (sobre esto ya se ha pronunciado, sobradamente, la crítica a lo largo de los años), sino simplemente recoger esos apuntes y opiniones.

Ahora bien, para contextualizar y comprender el punto de vista del comparatista, se va a recurrir a otras fuentes bibliográficas: por un lado, a, precisamente, algunos textos críticos sobre la obra de Jorge Guillén ya casi convertidos en clásicos (textos de Dámaso Alonso, Joaquín Casaldueño, Concha Zardoya, Oreste Macrí o Francisco Javier Díez de Revenga) y, por otro, a un artículo y tres volúmenes del propio Claudio Guillén (recopilaciones estos de ponencias o escritos previos), en los que desgrana recuerdos y conocimiento sobre la Generación del 27; el artículo es «Usos y abusos del 27. (Recuerdos de aquella generación)» (1997), y los volúmenes *Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario* (2001), *Desde el asombro. Sobre los Albertis. Tres poemas de Lorca* (2004) y *De leyendas y lecciones* (2007).

El esquema que vamos a seguir en el planteamiento del tema es similar al que Claudio Guillén siguió en el planteamiento de sus intervenciones en Barcelona y Lisboa: abordaremos primero, someramente, la visión de su padre como componente de la Generación del 27, para introducirnos a continuación en la mirada sobre sus poemarios –*Cántico, Clamor, Homenaje, Y otros poemas, Final*– y finalizar con una breve alusión hacia su persona.

Con sus cinco volúmenes de versos, Jorge Guillén completaba esa unidad de creación coherente que dio lugar, a modo de glosa vital y literaria, a *Aire nuestro*: «¿Unas memorias? –respondía don Jorge, con extrañeza en cierta ocasión–. No, nunca me ha atraído esa forma de contar mis recuerdos. No soy tan importante como para estar en primera persona. Además, todo está en mi poesía. Y más breve. La poesía es una manera de ser, una manera de vivir» (Díaz de Castro 1987, 64-65).

SOBRE LA GENERACIÓN DE SU PADRE

En «Algunos recuerdos», la ponencia de Barcelona de 1994, Claudio Guillén se refirió en primer lugar a la Generación del 27 y a la relación que su padre sostuvo con varios de sus integrantes. Desde una perspectiva literaria, destacó que lo que les unió no fue tanto la poesía (sus líricas divergían formal y conceptualmente) sino la poética, una poética –afirmó– postvanguardista, experimental, contraria a la efusión sentimental, alejada de la anécdota personal y sustentada en el «rigor de arte», en la «exigencia de forma» (Guillén 1996, 27-28). Pero, más allá de lo lírico, Guillén puso especial énfasis en la amistad como vínculo entre todos ellos. En desacuerdo con denominarlos «generación» («esa dichosa Generación del 27»), prefirió definirlos como un «grupo de amigos» (Guillén 1996, 27), idea que reiteró en «Con Jorge Guillén», la charla impartida en 1998 en Lisboa: «La amistad fue la clave de sus vidas de poetas y como poetas. Y la clave de esa amistad, un misterio. Era compatible con toda clase de individualidad y de disparidad» (Guillén 1998, 130).

Entre estas dos intervenciones, en abril de 1997, Claudio Guillén publicó en *Revista de Occidente* el citado «Usos y abusos de la generación del 27. (Recuerdos de una generación)» y, años después, en 2001, «La fuerza mítica del 27: amistad y vocación poética»,

una de las conferencias recogidas en *Desde el asombro...* En ambos textos, insistió en el valor de la amistad, pero planteó ahora el tema desde una perspectiva teórica: denunció el uso excesivo –y erróneo– del concepto «generación» y recalcó la distinción entre grupo y generación: «grupo» como «realidad biográfica perteneciente a la historia-sobre-la marcha» y «generación» como «herramienta de la historiografía» para poner orden y periodizar el tránsito de la literatura (Guillén 2004, 46-47). En este sentido, el comparatista afirmó que, en los años treinta, tanto Lorca como Dámaso habrían dudado en llamarse a sí mismos generación, no así «grupo de amigos» (Guillén 2004, 46), y que Diego, cuando preparó la antología de 1932 –factor que consideraba decisivo en el vínculo entre ellos– «no sabía que pertenecía a la Generación del 27» (Guillén 1997, 131). Asimismo, afirmó que este «grupo de amigos» no integró toda la realidad literaria del momento, lo que difícilmente lo hacía compatible «con el concepto científico histórico de generación» (Guillén 2004, 48) y que su amistad estuvo propiciada por la afinidad literaria y por la coincidencia intelectual: «les unía a todos la voluntad de poesía. Y también la literatura, quiero decir la vida literaria, con sus concursos y premios, sus revistas, sus suscripciones» y su centenario gongorino (Guillén 2004, 53). No niega que entre ellos hubo su más y sus menos «pero con pocos menos y una mayoría de más» (Guillén 2004, 65) y que la historia –la guerra, las guerras, la política, el exilio, la diáspora– los separó, aunque no del todo.

Porque, como recordó en «Algunos recuerdos», desde el exilio, su padre no dejó de escribir a los que permanecieron en España, a Diego, Alonso y Vicente Aleixandre; asimismo, se reunió en Roma con Rafael Alberti, en México con Manuel Altolaguirre y Emilio Prados «a quien, curiosamente, no había conocido antes» (Guillén 1996, 30) y en Estados Unidos con Luis Cernuda, a pesar de sus desavenencias; y, por supuesto, a través de las cartas, nunca dejó de saber de Pedro Salinas, en América como él. Desde el exilio, en suma, Jorge Guillén no solo no olvidó, sino que se aferró a ese vínculo de juventud, convirtió a aquel «grupo de amigos» en el motor de su vida e hizo del valor de la amistad «el principio constructor de su existir personal y sobre todo literario»; y a su regreso a España en 1977, anciano y superviviente, «su percepción de la propia trayectoria se hubiera venido abajo sin ese recuerdo de la juventud y de la preguerra [...] Para mi padre fue poco menos que la clave de su vida de escritor» (Guillén 2004, 71).

De aquel «grupo de amigos», Lorca y Salinas fueron los principales referentes de Jorge Guillén: «Sé que mi padre veneró hasta sus últimos días la memoria de Federico» (Guillén 2004, 71) o «El afecto fortísimo que unía a Salinas y a Guillén formaba como un grupúsculo» (Guillén 2004, 63), escribió Claudio Guillén al respecto. La veneración del padre por los dos autores fue heredada por el hijo. Entre otras muchas muestras de ello, al primero le dedicó el volumen *Desde el asombro...*, una de cuyas conferencias, la tercera, estuvo íntegramente centrada en su poesía; del segundo, los recuerdos a su persona sobrevolaron constantes por su bibliografía⁶. Y es que téngase en cuenta que cuando Lorca murió, Claudio tenía solo doce años; a Salinas, en cambio, lo trató como niño y como adulto, y de él admiraba su literatura, pero también su carácter y su empatía. Por ejemplo, en el verano de 1946, Claudio acudió a un curso de verano, organizado por la Escuela española de Middlebury, que Salinas dictó sobre la literatura española del Siglo de Oro: «Imposible no recordar algunos pormenores de esa admirable enseñanza» (Guillén 2007, 130). Después, siendo lector en Colonia, se carteó con él desde Alemania y en la última misiva que le remitió, fechada el 4 de julio de 1951, escribía: «Ahora solo acabo de saber, por una carta

⁶ En *De leyendas y lecciones* se recogen varios artículos que había publicado previamente sobre el poeta, en 1991, 1992 y 1994: «Salinas en verso, Salinas en prosa», «Pedro Salinas, múltiple» y «Pedro Salinas: apuntes y recuerdos» (2007, 105-143). Además, a los previos cabe añadir: «Pedro Salinas y las palabras». *La Torre*, 1989, vol. III, 337-357; «La Generación del 27: Pedro Salinas». *Lecciones de literatura universal*, editado por Jordi Llovet, Cátedra, 1996, 963-975.

de don Américo, que no se encuentra usted bien. [...] No tengo ningún detalle de su condición, pero espero que se restablecerá [*sic*] muy pronto» (Martín Ezpeleta 2017, 131-132)

Cinco meses después, en diciembre de 1951, Salinas fallecía, lo que fue un nuevo golpe para la familia. Claudio Guillén, como Jorge Guillén, lo tendría siempre presente. En una carta del 8 de octubre de 1982 a su padre, en la que le contaba que había estado en México con Octavio Paz, afirmaba: «Es el hombre [refiriéndose a Paz] más fascinante que he conocido en mi ya larga vida. Él [...] y don Pedro, tal vez, y lo que recuerdo de Federico»⁷.

SOBRE LA POESÍA DE SU PADRE

También en la conferencia de Barcelona, Claudio Guillén desveló el motivo por el que en sus estudios críticos no se había detenido en la poesía de su progenitor. Explicó que en su ensayo *El hombre y la obra*, Jorge Guillén defendía una total desvinculación entre el hombre (el ser real, de carne y hueso) y su creación. Aunque el hijo daba la razón al poeta, aseguró, en cambio, que no se adentraba en su lírica porque no podía dejar de ver en ella a su persona. En sus propias palabras:

A mí me cuesta mucho leer la poesía de mi padre sin recordarle a él, sin verle al trasluz, por lo que, en la medida en que estoy de acuerdo con lo de la «obra y el hombre» –que creo que está un poco simplificado–, me cuesta ver el poema a secas, que es como hay que ver el poema, sin pensar en el autor como hombre, lo que me hace difícil la lectura, (Guillén 1996, 33).

En 1998, en Lisboa, Guillén reiteraba esta idea:

No me creo capaz de la deseada objetividad al hablar de la poesía de Jorge Guillén. No es cuestión de valoración estética, que yo sí me atrevería a practicar, con la larga experiencia de un profesor de Literatura Comparada. Es cosa de poder distinguir entre la intención y el hecho. Veo demasiado esta poesía desde el punto de vista de su creador, que se entrefiera con el mío, (Guillén 1998, 128).

A pesar de ello, a pesar de la inevitable cercanía, sí es rastreable la huella crítica del comparatista sobre la lírica guilleniana y, como se afirmó desde un principio, es la intención de este trabajo trazarla desde el volumen inicial del poeta hasta el último, desde *Cántico* hasta *Final*.

Cuando salieron las dos primeras ediciones de *Cántico* (de 1928 y 1936) Claudio Guillén era demasiado joven (tenía cuatro y doce años respectivamente); cuando salió la tercera (de 1945), se encontraba luchando en el frente francés (en la Segunda Guerra Mundial se alistó como voluntario); cuando salió la edición definitiva (1950), tenía veinticinco años, era lector en Alemania y estaba redactando su tesis doctoral, que defendería tres años después en Harvard. Y por aquel entonces, posiblemente llevado por el entusiasmo del joven investigador, sobrevoló por su mente la idea de escribir una edición comentada de la obra, a tenor del contenido de una carta de Jorge Guillén a su hija Teresa, fechada el 15 de febrero de 1949: «Por cierto Claudie proyecta –¡en serio!– y es lo más

⁷ Carta inédita de Claudio Guillén a Jorge Guillén. Arch. JG/43/10. Archivo personal de Jorge Guillén, Biblioteca Nacional de España.

gracioso una edición comentada de *Cántico*», escribió el poeta⁸. Sobra decir que este proyecto nunca se llevó a cabo.

Sin embargo, unos años después, en 1958, siendo ya doctor y profesor en la Universidad de Princeton, Claudio Guillén realizó un detenido análisis de uno de los poemas del volumen, concretamente del soneto «Mundo continuo», incluido en el *Cántico* de 1945. Fue a petición de su padre, quien le remitió una carta confesándole su decepción ante la incompreensión del sentido profundo del texto por parte de un crítico y comunicándole que, por ello, había decidido realizar «un experimento»: escribir «a seis o siete amigos para que me digan cómo entienden este poema» (Guillén 1996, 33). Entre esos seis o siete amigos se encontraba el propio Claudio⁹.

El soneto, encabezado por la siguiente cita de William Shakespeare: «And all in war with Time for love of you», dice:

Si amor es ya mi suma cotidiana,
Mundo continuo que jamás tolera
Veleidad de retorno a la primera
Nada anterior al Ser, que siempre gana,

Si cada aurora se desvive grana,
¿Por qué azares indómitos se altera
La fatalmente a salvo primavera,
Segura de imponer su luz mañana?

De pronto, bajo el pie, cruje un desierto
Con una flor de pétalos punzantes.
Aridez, lejanía, vil vacío.

Y mientras, por un rumbo siempre cierto,
Sin acción de retorno, como antes
Su realidad va dando al mar el río, (Guillén 1993a, 276).

El eje central del poema es la pregunta del segundo cuarteo, respondida en los dos tercetos, y cuyo sentido y réplica Claudio vio con meridiana claridad: se trata –explicó en Barcelona– del «momento en el que poeta siente una aridez, como un hiato, un momento de sequedad en el amor, pero no sin saber que el amor por la otra persona es continuo, que va a durar y volverá a durar» (Guillén 1996, 34).

Hemos podido acceder a la fuente original, esto es, a la carta de contestación a su padre, que data del 7 de marzo de 1958¹⁰, y, en ella, la idea previa se muestra en todo su desarrollo. Dice así:

Primero respondo a tu consulta poética, que me honra, halaga y entretiene.
Para mí el soneto «Mundo continuo» está tan claro, tan claro, que temo, por no sé qué ceguera, equivocarme. Desde luego, si me equivoco es porque se me impone cierto sentido con completa evidencia.

⁸ Carta inédita de Jorge Guillén a Teresa Guillén. Box 19. 3P-Guillén, Jorge Guillén *Papers*, Wellesley College Archives.

⁹ Para saber más sobre el «experimento» guilleniano véase Garbisu Buesa (2024).

¹⁰ La carta está sin fechar (solo se indica «viernes» en su cabecera), pero responde a una previa de Jorge Guillén del 5 de marzo de 1958 y es respondida por otra posterior, también de Jorge Guillén, del 12 de marzo.

El poema se apoya en una pregunta general, y en una situación particular, siendo esta la raíz desde la cual brota la pregunta. La pregunta se refiere al enlace que existe entre el amor y el tiempo: si esencialmente el amor es, por exigencia de su naturaleza, continuidad y progresión y acumulación afirmativa de experiencias amorosas, ¿por qué error o desconcierto provisional sobreviene de repente un instante de aridez emotiva, de punto muerto, en que dicha continuidad queda como suspensa? La situación es el instante de aridez emotiva, de lejanía entre dos seres, de vacío sentimental o vital.

Que el enlace entre el amor y el tiempo –ya indicado por el epígrafe– se resuelve en continuidad ascendente, queda claramente dicho por el primer verso y por el título: mundo *continuo*, *suma*¹¹ cotidiana de vivencias que se van sumando y multiplicando. Y la noción de continuidad plasma en la imagen del río, que es el cierre del poema, y también la del rumbo o camino. Ahora bien, en este soneto, como en todo el libro, la biografía del hombre –o de la pareja de enamorados– y de las cosas y del mundo encierra una serie de ciclos, de renovaciones, de amaneceres semejantes a los que rigen el destino solar. Y el amor también sigue su curso continuo a través de una serie de retornos, primaveras, albos del afecto y del deseo. Por eso el poema introduce otra serie de metáforas, no ya unilineares, sino cíclicas: aurora, primavera, la luz de mañana. Contra ellas se destaca, a modo de excepción insólita, el paisaje contrario, el del desierto, el de la aridez sentimental. Más se entiende que dicha suspensión del progreso o proceso del amor permanece excepcional y ha de reincorporarse fatalmente a su destino cíclico, en lo esencial tan seguro como el paso de los días y de las estaciones. El amante o el esposo no se deja desconcertar por un fallo pasajero. Sabe que la continuidad se impondrá sobre todo accidente. Que el amor es un mundo, o sea, unidad y plenitud y armonía. Mundo continuo¹².

Tras el análisis, Claudio añadía: «Chico, me dirás si me he colado. He dedicado a la cosa no más de diez minutos». Su padre le respondió que no solo no se había colado, sino que, de los participantes en el experimento, había sido quien con mayor acierto había interpretado el sentido del poema. ¿Por qué motivo? Posiblemente, porque «era el hijo» y había visto la «continuidad» de amor entre sus padres o «tal vez porque sabía inglés y entendí la cita, tal vez porque no simplificaba el mundo de *Cántico*, a la manera de los críticos del montón» (Guillén 1996, 34-35).

Como afirma Claudio Guillén, se ha tendido a simplificar el primer poemario del autor, entre otros motivos, porque se ha interpretado –especialmente la edición de 1928– desde la influencia directa de Paul Valéry, influencia de la que el propio Jorge Guillén trató de desmarcarse: «A mí me interesaba Valéry por la elevación del tema y el rigor del estilo. Su contenido no me podía ser más remoto: escepticismo total, narcisismo, formalismo extremo en la concepción –en la concepción no en el poema–», le explicaba el poeta a Antonio Piedra (Guillén 1983, 23). Su hijo afirmó al respecto: «Claro que debió mucho a Valéry, sobre todo al principio. Pero me dijo una y otra vez que se sentía completamente ajeno a su formalismo» (Guillén 1998, 128).

De igual modo, fruto de esa simplificación, se ha tendido a definir *Cántico* como un «cántico» positivo de la realidad, lo que es cierto, pero no del todo. En la obra prevalece, indudablemente, el optimismo vital sobre el dolor: «El *Cántico* de Jorge Guillén es tan centrado, tiene una visión tan unitaria del mundo, que puede reducirse casi en una frase: vivir es la suprema dicha», escribió Alonso (1969, 213). Sin embargo, a partir de la edición de 1945, esta visión va cambiando para dar entrada, según Macrí, al «negativo objetivo»

¹¹ Subrayado en el original.

¹² Carta inédita de Claudio Guillén a Jorge Guillén. Arch. JG/43/10. Archivo personal de Jorge Guillén, Biblioteca Nacional de España.

(1976, 169), y así, si en las dos primeras ediciones, nos hallamos ante una poesía escueta que elude todo elemento anecdótico y que, desde la desnudez en la forma, pretende lanzar un canto de júbilo al mundo, a partir de 1945 Guillén da cabida a poemas apegados a un tiempo concreto; no en vano fue entonces cuando apareció por primera vez el subtítulo «Fe de vida», sinónimo, según Casaldueiro, de «certificado de existencia» (1974, 10).

Claudio Guillén se propuso corroborar esta idea ante su joven público, al detenerse en «Cara a cara», poema del tercer *Cántico*, en el que el autor quiso enfrentarse «al mundo del desorden, al mundo del caos», empeñándose «en no ceder ante una posible desesperación o desconfianza» (Guillén 1996, 35):

Las farsas, las violencias,
Las políticas, los morros
Húmedos del animal
Cínicamente velloso,

Y la confabulación
Que envuelve en el mismo rojo
De una iracundia común
Al paladín con el monstruo.

Explicó asimismo que fue el ritmo terco del *Bolero* de Ravel el que le influyó en su composición y que en su parte final se rememoran «los días en que mi padre llegó, en agosto del año 36, a la cárcel de Pamplona, donde por poco le fusilan» (Guillén 1996, 35).

Esa congoja del alba
Que blanquea el calabozo,
Extenuación de la cal
Sobre los muros monótonos,

A la vista siempre el aire
Tan ancho tras los cerrojos,
y en la boca -siempre seca-
Tan amargo el soliloquio, (Guillén 1993a 520-521).

Recuérdese que Jorge Guillén y Germaine Cahen fueron detenidos en Pamplona un 5 de agosto de 1936, a su regreso de Francia, tras haber dejado a sus dos hijos con los abuelos maternos, ante el cariz de los acontecimientos en España.

Composiciones como «Cara a cara», adelantan el tono de *Clamor*; el segundo volumen de *Aire nuestro*. Le explicaba Jorge Guillén a Claude Couffon en 1963:

En este último libro [en *Cántico*] ya había yo aludido a ciertas fuerzas que considero negativas para el estado de plenitud en la vida. Se trata del mal, del desorden, del azar, del paso destructor del tiempo, de la muerte. En *Clamor* quisiera desarrollar estos temas, pero no ya de una forma general, como en *Cántico*, sino de una manera concreta, vinculada a la vida contemporánea y a la historia. Esto no implica por mi parte un cambio de actitud [...] *Clamor* será, por consiguiente, el complemento de *Cántico*, (En Díez de Revenga 1993, 48-49).

Al igual que el autor, la mayoría de los críticos han hablado de una continuidad entre las dos obras. Casaldueiro, por ejemplo, opina que ambas parten de la realidad, si bien en *Cántico* Guillén se aleja «de la experiencia primera, punto de arranque del poema» (1974,

254). Zardoya coincide con Casaldueiro, pero matiza: «La diferencia radica en que, en *Clamor*, las realidades [...] son otras, y, al ser otras, exigen –por lo menos, algunas veces– otros cánones estróficos, otros recursos expresivos» (1975, 387). Uno de esos cánones estróficos fueron los «Tréboles», en definición de Claudio Guillén, «poemas de tres o cuatro versos, pequeñas sentencias, poemas gnómicos [...], pequeñas reflexiones morales» (1996, 36).

La visión del comparatista sobre *Clamor* coincide plenamente con la de Casaldueiro y Zardoya. Hablaba de continuidad más que de cambio y, en este sentido, atacó de nuevo la simplificación de algunos críticos que interpretaron el paso de la primera a la segunda obra desde una perspectiva puramente biográfica: de este modo, *Cántico* simbolizaría la expresión de «la felicidad de un hombre juvenil» (Guillén 1996, 37) y *Clamor*, la expresión de lo contrario, del fin de la juventud, del fantasma de la guerra, el exilio y la muerte. Claudio Guillén insistía en que, durante la composición de *Cántico*, su padre ya llevaba dentro la preocupación social y el dolor, y en que, a la inversa, la adhesión a la vida de su primer poemario continuaba latente en la composición del segundo:

Mi padre conoció el sufrimiento, la enfermedad, la injusticia y la muerte antes y después de la guerra y lo que tiene de positiva la visión del vivir humano que se expresa en *Cántico* fue una y otra vez una verdad interior, una concepción, una elección de la inteligencia y de la sensibilidad, o, es más, un acto de voluntad, (Guillén 1998, 129).

Para dejar clara esta premisa, tanto en Barcelona como en Lisboa Guillén relató una anécdota muy clarificadora. Siendo él profesor en Princeton, su padre le visitó por Navidad; se alojó en el apartamento de Vicente Llorens (profesor también en Princeton), que generosamente se la había cedido, pero la calefacción se averió; el frío era intenso y don Jorge llamó a su hijo comunicándoselo. Cuando Claudio llegó en su ayuda, se lo encontró con el abrigo puesto, caminando incesante por la sala y dándose palmadas en pecho y brazos para entrar en calor, pero de su boca, lejos de la queja, salieron las siguientes palabras: «¿Sabes lo que he hecho? Acabo de escribir un poema sobre un día de primavera maravilloso en Sevilla» (Guillén 1996, 38). La luz y la oscuridad; la belleza y la adversidad; el pro y el contra: siempre complementarios.

Mucho tiempo después, en 2001, el Ayuntamiento de Madrid lanzó una edición artesanal de «Que van a dar en la mar», la segunda parte de *Clamor*, y Claudio Guillén siguió afirmando:

En esta nueva publicación [...] se va en contra, por primera vez, de todos los tópicos y las simplificaciones que han hecho los manuales de escuela y el mal periodismo sobre la poesía de mi padre [...] Se tiene de él una imagen optimista, pero él era el hombre de la vida y de la muerte [...] Aquí se trata sencillamente de la muerte del tiempo, del envejecimiento, (Silió, 2001).

En 1967, vio la luz *Homenaje*. En esta tercera obra continúa latente la preocupación humana de *Clamor*; si bien abundan los poemas que versan sobre la creación literaria (especialmente en la primera y la quinta parte de las seis que la componen, tituladas «Al margen» y «Variaciones»), inspirados en escritores y obras de las letras universales: «*Homenaje* es una larga sucesión de poemas dedicados a glosar, a discutir, a ensalzar o simplemente a añadir matices a la historia de la literatura y del pensamiento occidental y oriental», explicó Díaz de Castro (1996, 25). De este modo, en «Al margen», partiendo del *Génesis* y de *La Odisea*, el poeta realiza un recorrido por la literatura mundial a través de su escritura y, siglo tras siglo, se inspira en Lucrecio, Po Chü-i, Michel de Montaigne, Goethe, Henry Thoreau, Fiódor Dostoievsky, Antonio Machado, Miklós Radnóti o César

Vallejo; y en «Variaciones», se atreve con la traducción de poemas de Shakespeare, Antero de Quental, Valéry o Eugenio Montale. A tenor de lo dicho, no es difícil imaginar que Claudio Guillén, como comparatista, pudo ayudar a su padre en la organización y génesis de la obra, tal y como en verdad sucedió: «Como en *Homenaje* él se abrió a tantísimos literatos, a tantos escritores de tantas partes, y yo era también comparatista y tenía a mi disposición esas magníficas bibliotecas norteamericanas, creo que en algunos casos sí pude echarle una mano», afirmó (Guillén 1996, 31).

De esa «creencia» ha quedado constancia en las cartas. En una misiva que un 9 de febrero de 1967, poco antes de la publicación del libro, Guillén remitió a su hija Teresa, escribía:

Hoy han salido las terceras pruebas, las últimas que a mí me conciernen. A mis correcciones se han añadido las de Julián Calvo y las de Claudie. Los dos han leído la obra con extrema atención. Y no solo han corregido las erratas. También me han ayudado a corregir algunos errores, a mejorar la puntuación, a dar mayor precisión a ciertas frases¹³.

A este respecto, cabe sacar a colación una nueva anécdota relatada por Claudio. Un día cualquier, mientras le ayudaba con la obra, le comentó, a propósito de la selección de autores: «Oye, ¿pero te has fijado en que no hay ningún poeta árabe?». El padre le respondió: «Es que son muy retóricos». El hijo insistió: «Es que hay de todo: hay poesía china, japonesa, hay un húngaro, rusos, y un poeta hispano-hebreo nacido en Málaga». Y el padre no cedió. «No pude convencerle. Quedaba un fondo de prejuicio de castellano viejo. No hay poesía árabe en *Homenaje*, pese a mi insistencia» (Guillén 1996, 32).

Tras *Homenaje* llegó *Y otros poemas*. Se publicó en 1973, si bien el poeta había comenzado su composición en 1966, es decir, inmediatamente después de la finalización de *Homenaje*, lo que de nuevo evidencia una continuidad en su obra. Tal y como afirma Díaz de Castro, esta continuidad se muestra en una «poesía de vejez», en la que el autor, «con los ojos de otra edad más vivida y más sabia [...] vuelve sobre el mundo y sobre la propia existencia una mirada nueva» (1993, XI).

Los temas del siglo XX y la preocupación social están presentes, pero ahora desde la perspectiva que aporta el paso de los años. Asimismo, en «Glosas», la tercera parte (consta de cinco: «Estudios», «Sátiras», «Glosas», «Epigramas» y «Despedidas»), Guillén continúa mostrando su admiración por grandes escritores de las letras universales, a la manera de «Al margen» de *Homenaje*. Dedicó poemas a Giovanni Boccaccio, Jorge Manrique, Garcilaso de la Vega, Jorge Luis Borges, Bertrand Russell, etc., y dedica, igualmente, una sección de esta parte a su propia creación: lleva por título «Al margen de *Aire nuestro*» y recrea composiciones de *Cántico*, *Clamor* y *Homenaje*. Por todo ello, Claudio Guillén definió *Y otros poemas* como una confluencia de las «tonalidades» de los tres volúmenes anteriores; así lo expresó en una carta que remitió a su padre el 25 de febrero de 1974, en la que realizó una exhaustiva y bella crítica del poemario (de sus temas, de su sentido, de su métrica), y que, por su interés, reproducimos íntegramente en anexo. Decía:

Libro-resumen, libro-recapitulación, sí, sin duda, pero también mucho más. Porque es como si en ese cuarto libro, los tres anteriores se reflejasen juntos y diesen cita. Se «encuadernan» así, completándose, conjuntándose, y dando la imagen más fiel y completa de tu mundo poético. El Mal que irrumpe en ciertos lugares de *Cántico*, y se adueña de partes enteras de *Clamor*, por ejemplo, aquí se codea con la afirmación de la vida, de la

¹³ Carta inédita de Jorge Guillén a Teresa Guillén. Box 19. 3P-Guillén, Jorge Guillén *Papers*, Wellesley College Archives.

capacidad creadora del hombre, y ese enfrentamiento, esa mezcla que es el vivir, ocurre aquí incluso al interior de muchos poemas. Hay ecos de *Cántico* al principio, de *Clamor* luego, y después de *Homenaje*, y por fin esos «Epigramas» son como un microcosmo en breve de toda tu poesía [...] De ese carácter «metapoético» de esos poemas, como se diría hoy, de ese meditar sobre el conjunto de lo vivido y lo escrito [...] esas piezas «Al margen de *Aire nuestro*» son el perfectísimo ejemplo. ¡Verdadero *tour de force*! No hay ni un átomo de narcisismo literario. Solo el decir cómo sientes la vida y el mundo a través de lo que fueron hasta hoy tu vida y nuestro mundo¹⁴.

En la carta hacía también alusión a un ensayo de Pierre Darmangeat, publicado en *Revista de Occidente*. Aunque no lo especificaba, se refería a un volumen que había salido un mes antes de la remisión de la misiva, en enero de 1974, que estuvo íntegramente dedicado al poeta y su obra, y que fue dirigido por Jaime Salinas y el propio Claudio Guillén. A pesar de la cercanía con el homenajeado, los editores no firmaron ningún texto de presentación del número; simplemente se limitaron a reproducir en sus primeras páginas las siguientes palabras anónimas:

Jorge Guillén cumplió ochenta años en enero de 1973; pero eso es lo de menos, o lo de más, según se vea. Lo de menos: porque Guillén nada tiene que ver con esa vetusta cifra; lo de más: porque gracias a ella tenemos entre nosotros al poeta en uno de sus momentos de más fecunda creación. *Revista de Occidente*, que publicó la primera edición de *Cántico* (1928), se complace en rendir este homenaje al gran poeta ausente, (*Revista de Occidente* 1974, 1).

Además del de Darmangeat, el volumen recogió ensayos de José Luis L. Aranguren, Emilio Alarcos Llorach, Llorens, Roberto Paoli y Fritz Schalk, ninguno de los cuales se detuvo en *Y otros poemas*, ya que el libro acababa de ver la luz¹⁵. De hecho, uno de los objetivos del ejemplar fue la presentación de la obra, y, con este propósito, incluyó una selección de sus poemas, acompañados de grabados de Eduardo Chillida. Dos de ellos mostraban con especial acierto el momento vital del autor: por un lado, «Unos amigos» (con subtítulo «Diciembre de 1927»), que conmemoraba, nostálgico, la conmemoración del tercer centenario de Góngora, aquel mítico viaje a Sevilla de aquel «grupo de amigos»:

Un recuerdo de viaje
Queda en nuestra memoria.
Nos fuimos a Sevilla.

¿Quiénes? Unos amigos
Por contactos casuales,
Un buen azar que resultó destino:
Relaciones felices
Entre quienes, aun mozos,
Se descubrieron gustos, preferencias
En su raíz comunes.

¡Poesía!

(Guillén 1993b, 491-492)

¹⁴ Carta inédita de Claudio Guillén a Jorge Guillén. Arch. JG/43/9. Archivo personal de Jorge Guillén, Biblioteca Nacional de España.

¹⁵ *Y otros poemas* se publicó en diciembre de 1973.

Por otro, un pasaje de la serie «De Senectute», que reflexionaba sobre la

Vejez.
 Y recordó con su memoria,
 Fiel a una esencia que era ya fragancia,
 Las horas –muchas, muchas– tan felices
 De trabajo, de amor. Y conmovido,
 Sintió: ¡qué importa el resto!
 –No. Me importa.

(Guillén 1993b, 59)

El tema de la vejez latió de nuevo en *Final*, la obra postrera de Guillén que publicó con 88 años; también el de la muerte. En Barcelona, su hijo Claudio se detuvo en unos versos de «Fuera del mundo», la última parte del volumen, en los que la muerte está presente desde la aceptación y la incertidumbre:

¿Monstruo sin cuerpo yo?
 Se cumpla el orden.

No te entristezca el muerto solitario.
 En esa soledad no está, no existe.
 Nadie en los cementerios.
 ¡Qué solas se quedan las tumbas!

(Guillén 1993c, 355).

Con *Final*, Guillén culminó *Aire nuestro*, esa obra unitaria que, a modo de memoria vital, persiguió desde sus inicios. En las dos intervenciones, Claudio Guillén se refirió a ello: «Está clarísimo que a mi padre le dominaba completamente el propósito de unidad, el ideal mallarmeano de libro único», afirmó, por ejemplo, en Lisboa (Guillén 1998, 128). E igualmente, en las dos intervenciones hizo humilde autocrítica, al relatar que, en su juventud, puso en tela de juicio esa intención totalizadora cuando un día preguntó a su padre: «¿No crees que te pasas? Eso de la unidad, según Santo Tomás, es un atributo de Dios y no de los seres humanos» (Guillén 1996, 39). Parece que la respuesta del poeta fue un considerable enfado ante el cuestionamiento del hijo, quien, con el tiempo, se desdijo de su arrogancia y lo comprendió: «Yo creo [...] que las palabras [...] van construyendo sus propias moradas y representaciones, con las que el autor se va identificando. Mi padre –concluyó en Lisboa– fue creyendo más y más en su propósito unitario» (Guillén 1998, 128).

SOBRE SU PADRE. A MODO DE CONCLUSIÓN

Fue ante un público joven ante quien Claudio Guillén se explayó con más sinceridad sobre la lírica de Jorge Guillén; su intervención de Barcelona de 1994 resultó más precisa y extensa que la de Lisboa de 1998, en una mesa redonda ante colegas y académicos. Pero, sobre todo, fue en la privacidad y cercanía de la correspondencia donde el hijo mejor expuso su visión sobre la creación del padre. Dos cartas así lo demuestran: la remitida el 7 de marzo de 1958, en respuesta a otra previa del padre, comentando «Mundo continuo» del tercer *Cántico*, y la remitida el 25 de febrero de 1974, en la que desarrollaba un profuso

análisis de *Y otros poemas*. Y, aunque en sus reflexiones no siguió el método al que obligaba su profesión, sus palabras muestran que fue un gran lector y conocedor de *Aire nuestro*, que admiró su estructura unitaria y su continuidad y proceso. Siendo un joven investigador, estudiante de posgrado, se planteó la posibilidad de realizar una edición comentada de *Cántico*; entonces el ambicioso proyecto se quedó en eso, en proyecto, pero, treinta y ocho años después, en 1987, el Centro de Creación y Estudios Jorge Guillén publicó una edición de los cinco volúmenes de *Aire nuestro* bajo la dirección de Antonio Piedra y del propio Claudio Guillén: esta vez poeta y comparatista, padre e hijo, se unieron a través de la letra impresa.

Decíamos que el comparatista fue parco en palabras sobre el poeta y, sin embargo, el hijo no lo fue tanto sobre el padre, sobre cuya persona se pronunció en más ocasiones, destacando siempre de él su capacidad de admiración, su apertura de miras y su generosidad:

Yo admiro la capacidad de admiración que me comunicó mi padre, Jorge Guillén, por vía de ósmosis y de convivencia. Digo que la comunicaba, pero no que la enseñaba. Claro que él podía expresarse con intensa convicción, pero jamás con objeto de persuadir a alguien, de orientar sus pasos, de conducirlo retóricamente a la verdad. Ni le gustaban los consejos, ni creía en ellos [...] Era, como muchos de sus amigos, auténticamente liberal, (Guillén 2001, 27).

Un mes después del fallecimiento de Jorge Guillén el 6 de febrero de 1984, concretamente el 16 de marzo, se le rindió un sentido homenaje en la Sorbona de París; participaron entre otros, Jean Cassou, Couffon y Darmangeat. Cerró el acto Claudio Guillén, narrando los últimos días de su padre y evocando el cariño que había despertado entre las gentes de Málaga: «Hasta la muerte –dijo– [...] fue el ser adorable, entrañable, amoroso, positivo de siempre» (*Ferveur* 1986, 72). Solo cuatro días antes del homenaje, había remitido una carta a la viuda del poeta; y no hay mejor manera de cerrar este texto que con la transcripción de algunas de sus palabras. Escribió entonces:

Y cuando hablo a algún buen amigo de él, de sus últimos días y meses, de lo adorable y entrañable que fue siempre, siempre, de cómo reaccionó el pueblo de esa ciudad pequeña donde, en su vejez, en su ancianidad, había ganado el cariño de todos, me emocionó demasiado, lloro con un niño. Verdad es que desde hace bastantes meses ya se me había hecho imposible –sabiendo que iba a faltar– leer su poesía. Es él, ¡hasta tal punto! Mi vida ha cambiado completamente y nunca volverá a ser la misma. Aunque no nos viéramos, el mundo en que vivía era un mundo con él, con él siempre. Ahora me voy a tener que acostumbrar a residir en un mundo en que él ya no vive. Nadie, créeme, querida Irene, nadie me ha entendido, ni apreciado, ni querido como él¹⁶.

De Claudio Guillén a Irene Mochi Sismondi, un 12 de marzo de 1984.

FUENTES DE FINANCIACIÓN

Este trabajo es resultado del proyecto de investigación *Cartas a Teresa. Digitalización, contextualización y análisis de redes de las cartas de Jorge Guillén a su hija (1948-1984)* (PID2019-105015RB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación en la convocatoria I+D+i 2019.

¹⁶ Carta inédita de Claudio Guillén a Irene Mochi Sismondi. Arch. JG/43/11. Archivo personal de Jorge Guillén, Biblioteca Nacional de España.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alonso, Dámaso. 1969. *Poetas españoles contemporáneos*. Madrid: Gredos.
- Casalduero, Joaquín. 1974. *Cántico de Jorge Guillén y Aire nuestro*. Madrid: Gredos.
- Díaz de Castro, Francisco J. 1987. «Guillén por Guillén. (El poeta y su poesía)». En *Jorge Guillén. Premio Miguel de Cervantes 1976*, 47-67. Barcelona: Anthropos, Ministerio de Cultura.
- Díaz de Castro, Francisco J. 1993. «Introducción». En *Aire nuestro. Y otros poemas*, Jorge Guillén, VII-XLVI. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.
- Díaz de Castro, Francisco J. 1996. «La vibración poética de Jorge Guillén». En *Con Jorge Guillén*, editado por Carmen Enrique, 13-26. Barcelona: Fundación Abat Oliba.
- Díez de Revenga, Francisco J. 1993. *Jorge Guillén: el poeta y nuestro mundo*. Barcelona: Anthropos.
- Enrique, Carmen. 1996a. «Presentación». En *Con Jorge Guillén*, editado por Carmen Enrique, 7-10. Barcelona: Fundación Abat Oliba.
- Enrique, Carmen, ed. 1996b. *Con Jorge Guillén*. Barcelona: Fundación Abat Oliba.
- Ferveur pour Jorge Guillén*. 1986. París: Librairie Espagnole.
- Garbisu Buesa, Margarita. 2024. «El soneto “Mundo continuo” de Jorge Guillén y un experimento de recepción y crítica literarias». *Anuario de Estudios Filológicos* 47: 93-122. <https://doi.org/10.17398/2660-7301.47.93>
- Gómez Sancho, Arantxa. 2022. *La biografía intelectual de Claudio Guillén. A la luz de la ejemplaridad*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- Guillén, Claudio. 1996. «Algunos recuerdos». En *Con Jorge Guillén*, editado por Carmen Enrique, 27-42. Barcelona: Fundación Abat Oliba.
- Guillén, Claudio. 1997. «Usos y abusos del 27. (Recuerdos de aquella generación)». *Revista de Occidente*, 191: 126-152.
- Guillén, Claudio. 1998. «Con Jorge Guillén». En *Ecos de la Generación del 98 en la del 27*, editado por Maya Smerdou Altolaguirre, 127-130. Madrid: Ediciones Caballo griego para la poesía.
- Guillén, Claudio. 2001. *Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario*. Valladolid: Fundación Jorge Guillén.
- Guillén, Claudio. 2004. *Desde el asombro. Sobre los Albertis. Tres poemas de Lorca*. Valladolid: Universidad de Valladolid. Cátedra Miguel Delibes.
- Guillén, Claudio. 2007. *De leyendas y lecciones*. Barcelona: Crítica.
- Guillén, Jorge. 1983. «Más allá de soliloquio» (edición de Antonio Piedra). *Poesía* 17: 5-28.
- Guillén, Jorge. 1993a. *Aire nuestro. Cántico*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.
- Guillén, Jorge. 1993b. *Aire nuestro. Y otros poemas*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.
- Guillén, Jorge. 1993c. *Aire nuestro. Final*. Madrid: Anaya & Mario Muchnik.
- Macrí, Oreste. 1976. *La obra poética de Jorge Guillén*. Barcelona: Ariel.
- Martín Ezpeleta, Antonio. 2017. «Cartas inéditas de Claudio Guillén a Pedro Salinas». En *Claudio Guillén en el recuerdo*, editado por Antonio Monegal, Enric Bou, Montserrat Cots, 125-135. Venezia: Edizioni Ca' Foscari.
- Martín Ezpeleta, Antonio. 2020. «Claudio Guillén en Harvard, génesis del comparatismo español». *Revista de Literatura* LXXXII, 164: 375-397. <https://doi.org/10.3989/revliteratura.2020.v82.i164>
- Revista de Occidente*. 1974, 130.
- Silió, Elisa. 2001. «Una nueva edición de *Que van a dar en la mar* revive la melancolía de Jorge Guillén», *El País*, 2 de marzo de 2001. https://elpais.com/diario/2001/03/02/cultura/983487604_850215.html
- Smerdou Altolaguirre, Maya, ed. 1998. *Ecos de la Generación del 98 en la del 27*. Madrid: Ediciones Caballo griego para la poesía.
- Soria Olmedo, Andrés. 2017. «Claudio Guillén (1924-2007)». En *Claudio Guillén en el recuerdo*, editado por Antonio Monegal, Enric Bou, Montserrat Cots, 15-22. Venezia: Edizioni Ca' Foscari.
- Zardoya, Concha. 1975. «Maremágnun: peculiaridades estilísticas». En *Jorge Guillén. El escritor y la crítica*, editado por Biruté Ciplijauskaitė, 385-417. Madrid: Taurus.

ANEXO: CARTA DE CLAUDIO GUILLÉN A JORGE GUILLÉN

Madrid, 25 de febrero de 1974

Querido papá,

recibí mi ejemplar de *Y otros poemas* –con su dedicatoria, que me llegó al alma– un día reciente que resultó festivo. Fiesta movediza, que decía Hemingway, y que no cesa. Me encanta el libro y me tienes orgullosísimo, no ya de su belleza, de tanto poema logrado, tanto verso fulgurante y definitivo, como aquel «Jardín suspenso del aire», tanta riqueza, tanta polimetría (cuaderna vía, contrarrima, décima alejandrina, etc.), sino ante todo de su humanidad. ¡Humanísimos poemas fraternos! En eso, que es acaso lo esencial, tus versos posteriores tal vez superen a *Cántico*, por decirlo con algo de énfasis. Humanidad cervantina, pues incluso hay que reírse a veces, y a carcajadas –lo de Voltaire, «zapatero a tus zapatos», o las alcachofas con tomate de Benjamin Péret–, al interior de un libro que es muchas veces meditación sobre la muerte. Todo ello efervescente, intensísimo, es decir vital y fundamentalmente juvenil. Algo realmente impresionante, incluso para un servidor.

Libro-resumen, libro-recapitulación, sí, sin duda, pero también mucho más. Porque es como si en ese cuarto libro, los tres anteriores se reflejasen juntos y diesen cita. Se «encuadernan» así, completándose, conjuntándose, y dando la imagen más fiel y completa de tu mundo poético. El Mal que irrumpe en ciertos lugares de *Cántico*, y se adueña de partes enteras de *Clamor*, por ejemplo, aquí se codea con la afirmación de la vida, de la capacidad creadora del hombre, y ese enfrentamiento, esa mezcla que es el vivir, ocurre aquí incluso al interior de muchos poemas. Hay ecos de *Cántico* al principio, de *Clamor* luego, y después de *Homenaje*, y por fin esos «Epigramas» son como un microcosmo en breve de toda tu poesía, y supongo que también las «Despedidas» (digo supongo, porque tras la primera lectura jubilosa y desordenada, me estoy leyendo el libro verso a verso, pero me faltan algunas páginas). De ese carácter «metapoético» de esos poemas, como se diría hoy, de ese meditar sobre el conjunto de lo vivido y lo escrito –y claro que eres quien eres en gran parte a través de la claridad que te ha traído tu propia poesía, claro que al hacer poesía te hacías a ti mismo también– esas piezas «Al margen de *Aire nuestro*» son el perfectísimo ejemplo. ¡Verdadero *tour de force*! No hay ni un átomo de narcisismo literario. Solo el decir cómo sientes la vida y el mundo a través de lo que fueron hasta hoy tu vida y nuestro mundo. Esos poemas son únicos en la literatura, algo como *Dichtung und Wahrheit*, pero como *Dichtung*, no autobiografía. No se puede rizar el rizo mejor.

Por eso la unidad de visión es notabilísima. No de temas, sino de conjunto de temas. La forma cíclica del día y la noche, que en *Cántico* era símbolo de júbilo vital al interior de un orden, ahora es simbólicamente aún más rica, porque a ese claroscuro contribuyen mucho los nocturnos que son meditación sobre la muerte. Y lo mismo sucede con las marinas, que son muchas en tu obra, pero donde el océano parece abarcar ahora toda la complejidad del mundo personal e histórico. Y esa luz metafísica lo cubre todo, hasta lo más humilde, hasta las berenjenas de Palermo, bajo «el sol de todas las edades», o el ciempiés cuyo destino es el suelo. ¿Meditación sobre la muerte? Preferiría decir sobre la postmuerte, de la que hablas tantas veces.

¡Habría tanto que decirte! Pero ya se encargarán los críticos. Agregaré que muchos de los primeros «Estudios» me parecieron muy logrados: tienen ligereza, gracia, ángel. Con menos rimas tal vez que en *Cántico* porque este mundo tan amplio al que se abre este libro no puede estar tan «rimado». Aunque luego vuelven las consonantes con los poemas satíricos (¡esas tres rimas en «-tino» del poemilla al margen de Dante!), que tiene mayor peso

específico. Magníficos tus *caracteres*¹⁷ y semblanzas satíricas. Y clarísima tu defensa de todos los oprimidos, todos los suprimidos, de este mundo: desde el oso en el circo hasta el hereje, el negro y el Conde de Villamediana.

El ensayo de Darmangeat, menos brillante, al parecer, que otros, en el tomo de la *Revista de Occidente*, daba en el clavo. Vida «hacia», vida como impulso, quehacer y creación y voluntad. Sentimiento que da cabida lo mismo a lo personal que a lo social y político. Es una de las notas unitarias de este libro. Como también la crítica de todos los idealismos y utopías. Yo solo diría –y no es crítica mía, solo impaciencia– que junto a los poemas en que quedan mal lo mismo los opresores de derechas como los utópicos de izquierdas, no vendría mal algún poema más en el que se elogie a quienes hacen –hacedores también, poetas, en el sentido etimológico, de la política– algo en la Historia: qué sé yo, un Nehru, un Gandhi, un Willy Brandt en su época mejor –el que se arrodilló ante el monumento a los judíos de Varsovia, y se aproximó al Este y devolvió la dignidad a su pueblo envilecido– o un Allende. O un Azaña. ¿Has visto el libro de Carlos Rojas, por cierto? Elfie me lo regaló para Navidades, pero no puedo seguir leyéndolo, no lo aguanto, aunque algunos amigos me hablan bien de él. Dime si quieres que te mande un ejemplar. (Se habla de ti en la pág. 200.)

En fin, papá, que me tienes encantado, feliz. Recuérdame un día en una carta eso que me dijiste una vez sobre los poemas que habrás escrito de *Y otros poemas*: ¿que debían colocarse en la sección final de «Despedidas»?¹⁸

¹⁷ Subrayado en el original.

¹⁸ Arch. JG/43/9. Archivo personal de Jorge Guillén, Biblioteca Nacional de España.

Carta sin firma expresa (o puede ser que se haya perdido la última página). Lleva adjunto un artículo sobre el monográfico de *Revista de Occidente* dedicado a Jorge Guillén: Alonso de los Ríos, César. «Jorge Guillén, poeta impuro». *Triunfo*, 16 de febrero de 1974.